

El poeta ante Dios

Escribe: JORGE ZALAMEA

— II —

En una especie de rehumanización del Cristo entronizado, congelado, aprisionado en los altares desde hace dos mil años, el poeta de nuestro siglo busca a Jesús para hacer de él su aliado contra los poderosos, contra los simuladores, contra los expoliadores, contra los píos usufructuarios de su nombre y su holocausto. Uno de los más hermosos ejemplos de esta poesía del rescate cristiano, la encuentro en el poeta Lawrence Ferlinghetti, nacido en los Estados Unidos en 1919. Es posible que Ferlinghetti sea hoy uno de los poetas más leídos y escuchados en su patria. De uno de sus libros, *A Coney Island of the Mind*, se han vendido doscientos mil ejemplares, cifra *récord* para un libro de poemas en un país antipoético. Y acaso sea mayor la venta de los discos en que el propio Ferlinghetti recita sus poemas. Pues también él es de quienes creemos en la poesía de aire libre. Y así la crea y así la esparce sin encontrar en su patria la envidiosa resistencia y la crítica amarga de aquellos poetas subdesarrollados a que ya hice referencia.

No es necesario hacer comentario alguno de este poema, posiblemente escrito alrededor de 1950, como no sea para observar cómo prosigue en él la evolución promovida por García Lorca en la poesía de inspiración religiosa con la oda que acabamos de leer.

Ferlinghetti nos dice en su poema titulado

EL DESCENDIMIENTO DE CRISTO

*Cristo descendió
de Su Arbol desnudo
este año
y huyó adonde
no hubiesen desraizados árboles de Navidad
con sus colgajos de bombonería y sus quebradizas estrellas*

*Cristo descendió
de Su Arbol desnudo
este año
y huyó adonde
no hubiesen árboles de Navidad dorados
ni árboles de Navidad plateados
ni árboles de Navidad de plásticos rosados
ni árboles de Navidad estañados
ni árboles de Navidad de oro
ni árboles de Navidad negros
ni árboles de Navidad con azul empolvados
y con trémulas velitas eléctricas
y rodeados por trencitos eléctricos
y latosos parientes engréidos*

*Cristo descendió
de Su Arbol desnudo
este año
y huyó adonde
ningún intrépido vendedor de Biblias
recorriera el país
en un cadillac bicolor
y adonde ningún Nacimiento de Sear Roebuck
todo completo con niño plástico y pesebre
llegara por encomienda certificada
el niño por entrega inmediata
y en donde los Magos de la televisión
no cantaran las alabanzas del whiskey Lord Calvert*

*Cristo descendió
de Su Arbol desnudo
este año
y huyó adonde
ningún gordo y bonachón foráneo
vestido de franela roja
con postiza barba blanca
caminara haciéndose pasar
por una especie de santón del Polo Norte
encaminado por el desierto hacia Belén
Pennsylvania
en un trineo Volkswagen
tirado por traviesos renos de Adirondack
con germánicos nombres
y cargado con sacos de Humildes Regalos
provenientes de Sacks en la Quinta Avenida
para el Cristo niño que cada uno imagina*

*Cristo descendió
de Su Arbol desnudo
este año
y huyó adonde*

*los villanciqueros de Bing Crosby
no gimiesen sobre la dura Nochebuena
y los ángeles de Radio City
no patinaran sin alas
en un nevado país de maravillas
hacia un cielo retiñente de campanas
diariamente a las 8,30
con matinées de la Misa del Gallo*

*Cristo descendió
de Su Arbol desnudo
este año
y silenciosamente refugiose de nuevo
en el vientre de una anónima María
en cuya noche oscura
del alma anónima de cada quién
El espera otra vez
una inimaginable
e imposible
Inmaculada Concepción
la más loca
de las Segundas Venidas*

(¿1950?)

* * *

El proceso de la apelación poética a Cristo para que no desampare a sus creyentes y antes bien los sostenga, alivie y corrobore en su desigual lucha contra los poderosos de la tierra, —tuvo también y anteriormente a la de Ferlinghetti, una magnífica expresión en los labios fervorosos de Léopold Sédar Senghor, actual presidente de la República del Senegal, nacido en 1906 y respetado hoy como uno de los poetas más considerables de lengua francesa por la belleza de sus versos, la calidad de su contenido y su capacidad de comunicación. Hoy ya no podemos engañarnos: el poeta es y vale en la medida en que se comunica, en la medida en que comulga con su semejanza humana. Por esa capacidad de comunicación poética, Sédar Senghor es hoy el más auténtico representante de su pueblo en la más eminente de las posiciones políticas. (Dicho sea entre paréntesis y obedeciendo a no sé cuál diablillo que me infunde ánimo polémico al escribir estos comentarios sobre lo divino y lo humano—, quiero anotar aquí que la poesía de Sédar Senghor tiene el inconfundible sello de Saint-John Perse, como lo tiene la mayor parte de los poetas grandes de nuestro siglo posteriores a la plena revelación de ese gran Maestro que nuestros poetillas y critizuelos subdesarrollados fingen despreciar porque son incapaces de entenderlo).

En Sédar Senghor se cumple cabalmente la misión del poeta-testigo que ha realizado la revolución poética del siglo XX. Sédar Senghor es un católico convencido, militante. Pero cuando apela a su Dios no lo hace, como Claudel, para buscar la redención de sí mismo. Sino que lo convoca como aliado contra los opresores, contra los codiciosos, contra los esclavistas, contra los señores de pernada.

Pero por ser un auténtico cristiano, no le pide a su Dios que sea el Señor de los Ejércitos que encabece las huestes de su pueblo oprimido. En una extraña superación de sus más íntimos sentimientos, le pide a Dios que perdone y bendiga al pueblo mal conducido de Francia.

Antes de leer este poema, deseo insistir en el hecho evidente de que el poeta religioso de nuestro admirable y abominable siglo insiste en hacer de Dios su camarada combatiente.

La "Oración de paz para grandes órganos" escrita por Léopold Sédar Senghor en París en el mes de enero de 1945, reza así:

*"...Sicut et nos dimittimus
debitoribus nostris".*

— I —

Señor Jesús, al final de este libro que Te ofrezco como un copón de sufrimientos

En el comienzo del Gran Año, al sol de Tu paz sobre los techos nevados de París

—Pero bien sé que la sangre de mis hermanos rojeará de nuevo el Oriente amarillo, sobre las riberas del Pacífico violadas por tormentas y odios

Bien sé que esa sangre es la libación primaveral con que los Grandes Publicanos desde hace setenta años ceban las tierras del Imperio

Señor, al pie de esta cruz, y ya no eres Tú el árbol de dolores, sino por sobre el Viejo y el Nuevo Mundo el Africa crucificada

Y su brazo derecho se extiende sobre mi país, y su costado izquierdo sombra a América

Y su corazón es Haití caro, Haití que osó proclamar al Hombre en la faz del Tirano

Al pie de mi Africa crucificada desde hace cuatrocientos años y sin embargo aún respirando

Déjame decirte, Señor, su oración de paz y de perdón.

— II —

¡Señor Dios, perdona a la Europa blanca!

Es verdad, Señor, que durante cuatro siglos de luces, ha arrojado la baba y los ladridos de sus molosos sobre mis tierras

Y los cristianos, abjurando de Tu luz y de la mansedumbre de Tu corazón

Prendieron sus vivaques con mis pergaminos, torturaron a mis talbes, deportaron a mis doctores y a mis maestros de ciencias.

Su pólvora derrumbó en el relámpago la altivez de *tatas* y colinas
Y las balas de sus cañones perforaron los riñones de imperios vastos como el claro día, desde el Cuerno de Occidente hasta el Horizonte oriental
Y como cotos de caza, incendiaron los bosques intangibles, tirando a los Ancestros y a los genios de su barba apacible
E hicieron de su misterio la distracción dominical de burgueses sonámbulos.
Señor, perdona a los que han hecho de los Askia guerrilleros, de mis príncipes ayudantes
De mis domésticos boys, de mis campesinos peones, de mi pueblo, un pueblo de proletarios.
Pues es menester que Tu perdones a quienes dieron caza a mis hijos como a elefantes salvajes.
Y los amaestraron a chicotazos, e hicieron de ellos las manos negras de quienes tenían blancas las manos.
Pues es menester que Tú olvides a quienes exportaron diez millones de mis hijos en las leproserías de sus navíos
Que han suprimido doscientos millones.
Y así me han hecho una vejez solitaria entre el bosque de mis noches y la sabana de mis días.
Señor el espejo de mis ojos se empaña
Y he aquí que la serpiente del odio levanta la cabeza en mi corazón, esa serpiente que yo creía muerta...

— III —

Mátala, Señor, pues necesito proseguir mi camino, y quiero orar singularmente por Francia.
Señor, entre las naciones blancas, pon a Francia a la derecha del Padre.
¡Ay! bien sé que también ella es Europa, que me ha robado a mis hijos como un salteador del Norte roba bueyes, para abonar sus tierras de caña y de algodón, pues el sudor negro es estiércol.
Que también ella llevó la muerte y el cañón a mis aldeas azules, que azuzó a los míos unos contra otros como perros que se disputan un hueso
Que trató a los disidentes de bandidos y escupió sobre las cabezas-de-vastos-designios.
Sí, Señor, perdona a Francia que tan bien señala recta vía y camina por los senderos oblicuos

Que me invita a su mesa y me dice que lleve mi pan, que me da con la mano derecha y con la mano izquierda me quita la mitad.

Sí, Señor, perdona a Francia que odia a los invasores y me impone la ocupación tan gravemente

Que abre rutas triunfales a los héroes y trata a los senegaleses como mercenarios, haciendo de ellos los dogos negros del Imperio

Que es la República y entrega los países a los Grandes Concesionarios

Y de mi Mesopotamia y de mi Congo, han hecho un gran comentario bajo el sol blanco.

— IV —

¡Ah! Señor, aleja de mi memoria la Francia que no es Francia, esa máscara de mezquindad y de odio sobre el rostro de Francia

Esa máscara de mezquindad y de odio por la que solo tengo odio —pero bien puedo odiar el Mal

Pues tengo gran debilidad por Francia

Bendice a ese pueblo agarrotado que por dos veces supo liberar sus manos y osó proclamar el advenimiento de los pobres a la realeza

Que hizo de los esclavos del día hombres libres iguales fraternales

Bendice a ese pueblo que me aportó Tu Buena Nueva, Señor, y abrió mis pesados párpados a la luz de la fe.

Ha abierto mi corazón al conocimiento del mundo, mostrándome el arcoiris de los rostros nuevos de mis hermanos.

Os saludo hermanos míos: tú Mohamed Ben Abdallah, tú Razafymahatra, y luego tú, allá lejos Pham-Manh-Tuong, vosotros los de los mares pacíficos y los bosques encantados

A todos os saludo con corazón católico.

¡Ah! bien sé que más de uno de tus mensajeros acosó a mis sacerdotes como a presas de caza e hizo gran carnicería de piadosas imágenes.

Y no obstante, hubiésemos podido entendernos pues esas imágenes fueron, de la tierra a Tu cielo, la escala de Jacob

La lámpara de mantequilla negra que permite esperar el alba, las estrellas que prefiguran el sol.

Sé que muchos de Tus misioneros bendijeron las armas de la violencia y pactaron con el oro de los banqueros

Pero es forzoso que haya traidores y haya imbéciles.

Ay, Señor, bendice a ese pueblo que busca su propio rostro bajo la máscara y pena por conocerlo

Que Te busca entre el frío, entre el hambre que le roen huesos y entrañas
Y la novia llora su viudez, y el mozo ve robada su juventud

Y la mujer lamenta, ¡ay! el ojo ausente del marido, y la madre busca el sueño de su niño en los escombros.

Ah, bendice a ese pueblo que rompe sus vínculos, bendice a ese pueblo acorralado que se enfrenta a la jauría bulímica de los poderosos y los torticeros.

Y con él a todos los pueblos de Europa, a todos los pueblos de Asia, a todos los pueblos de Africa y a todos los pueblos de América.

Y permite a sus cálidas manos que abracen la tierra con un cinturón de manos fraternas

BAJO EL ARCOIRIS DE TU PAZ

París, enero de 1945.

* * *

Las cada vez más urgidas exigencias del hombre ante la omnipotencia divina, me parecen culminar en un poema del segundo entre los mayores poetas vivos de Francia: Louis Aragon, activo militante del surrealismo en la tercera década del siglo, activo militante del comunismo, activo agente de la resistencia contra la invasión hitleriana, activo creador de belleza y de amor. (Como en la vida literaria francesa no se conoce la soplonería que aquí sufrimos, las opiniones políticas de Aragon nunca se han empleado para desconocer o rebajar su obra artística que pertenece al patrimonio espiritual de su patria).

Aragon, desde luego, no implora como Sédar Senghor. Aragon exige. Es la rebeldía total. Es la superación de los mitos y la transformación de los mitos. Toda aquella tremenda carga de crímenes que grava nuestros hombros y que traté de evocar y enumerar al comienzo de esta cuarta etapa justifica al poeta para pedir que a sus manos de hombre se traslade la catedral-madre para que en sus órganos resuenen y se multipliquen en sus naves las quejas y las blasfemias del hombre "pisoteado, roto, dislocado en su edad".

Con más vigor que nunca, en este poema escrito por Aragon en enero de 1966, la vida cotidiana del hombre irrumpe en el misterio religioso como penetra la multitud viviente en la penumbra de Notre-Dame, poblada hasta entonces por fantasmas. En el altar mayor, el poeta oficia una misa nueva, en la cual el vino no es ya la sangre del Dios sacramentado, sino la sangre siempre vertida por los humildes bajo las espadas de los poderosos.

Pero más vale oirlo que comentarlo. El poema se titula

EL AÑO 2.000 NO TENDRA LUGAR:

*Dádme vuestra catedral para decir en alta voz
Lo que en mí llevo como un niño que no rebulle todavía
No temáis que mi canto perturbe el orden
Y si fuese necesario turbarlo no tenéis acaso el triturado ruido de los
grandes órganos
La música que tuerce cruelmente sus brazos en el balcón de madera. No
tenéis
Los yesos pintados para distraer la mirada
El incienso para cegar con ceniza las narices*

*Dádme vuestra catedral donde viejos ecos dormitan en los rincones
Que llevo yo a ella el insomnio y desate la oscura lengua
Y sea el murmullo de los pecados recientes un caballo que de repente es
descinchado
Y llora la piedra a su gusto sale el sollozo de su ganga
Ah dádme vuestra catedral de la mano como una novia*

*Pintaré a la desgracia en la paja de las sillas
La distracción de los chiquillos en el rubio pálido de las trabes
La memoria desgranando su rosario de boj azul. El balbuceo de las
letanías
De pilar en pilar con lentitud de reloj la claridad que cambia poco a poco
Escucho quedamente pasar la guadaña del Tiempo por las rodillas de
los ángeles
Bajo el púlpito donde parecían tan bellas las mangas de las palabras
Oigo gemir en el corazón de su pañuelo a la viuda negra sentada a los
resplandecientes pies de las promesas
Escucho al orfeo orfelino en los confines del infierno que no puede satis-
facerse con solo una muerte por vida
Y me llega a veces por el porche la risa insultante del crimen que zanca-
quejea en el atrio*

*Oh veo muy claro en toda cosa ojo hábil en horadar la trama
Si me dáis la ojiva y el arquivitrabe haré en ellos
Tan artísticas colgaduras con los harapos del alma que la mirada en el
aire se pierda
Si me dáis para el altar los vasos de oro y los linos finos de las analogías
Mejor que con vuestros mudos lirios los ornaré con grandes gritos flexibles
y desgarradores
Sangrando aún de una sangre de hombre espadas
Apenas arrancadas del pecho
Y el vino no es ya simulacro para el aterrado sacerdote*

*Si me dáis la lápida y el sepulcro
Si me dáis la estola y la casulla
Si me dáis el batisterio y las estatuas
Y la oración abandonada al pie del banco de privilegio
Si me dáis la clave y la campana*

Que ya nunca más toca a somatén en los incendios
A mí que sé lo que es martirologio
No solo por el labio y por el calendario
Os prometo hacer uso de tormenta que al ser quebrante
Que hoy mismo ponga en fuga al sueño de los sobrevivientes que marchite
En sus dedos el clavel doble del olvido
Dulce cuán dulce será permanecer en las capillas esculpidas
En las que yo habré puesto por doquiera el homicidio con su millar de
muertos
Toda carne hecha hilachas y toda alma amputada
La mujer echada a los lobos el guerrero sorprendido dentro de su armadura
Llueva o ventée siempre será la estación de las torturas
Los brazos espléndidos del verdugo
Las puntas de cuchillo hurgando la noche viva
Llueva o ventée en el vientre abierto del caballo o del toro
Llueva o ventée única prueba en la encrucijada el hombre
El hombre al que siempre se atesta por todo acto el hombre
Pisoteado roto dislocado en su edad o la perla apenas de su día
El hombre holocausto sobre la tierra o sobre el enlosado
Y ningún gemido que no sea violencia hecha al ser
Palabra alguna que no sea una víctima acabada
Qué buen tiempo qué buen tiempo bajo las hojas del sufrimiento

Dádme vuestra catedral en donde todo será tan semejante
A la calle al vivir corriente
Bajo el sol despedazado de los vitrales la rueda atroz de los vitrales
Y la luz es el desollado cuyos nervios tira la aguja
Tan semejante el dolor de entonces al dolor moderno
El hambre el desdén el mentir tan semejantes
Que a la salida habrá que frotarse los ojos ante
Un modesto baile o los enamorados en un banco
Una playa con sueños que se doran
Y los pájaros por sobre ese osario indiferente voltean
Para no
Temblar demasiado ante las bocas del metro el ojo rojo deteniendo el tráfico
O la muestra habitual de las carnicerías

Dádme vuestra catedral donde tan bien habláis
Que podría creerse en Dios en el perfume de las frases
Y si el orador es otro apenas sí
Parece en el atuendo en el vocabulario en el énfasis
En el matiz en la rima de las banderas cerrad
La puerta viene de allí no sé qué corriente de aire qué
Quejas de huesos rotos
O acaso sólo sea el chirriar de los goznes
Por qué tiemblas siglo veinte en esta hora de prodigios
Cerrad la puerta ah cerrad la puerta os digo

Una catedral una catedral un teatro llamad
Esto con el nombre que os plazca pero que me den un refugio
Un remanso un abrigo contra la loba que me habita dádme

*No importa cuál hangar cuál garage
Cual granja para depositar el trigo pálido de miedo ante el granizo
Una catedral por compasión con lo que quiere nacer
Una catedral por mi reino
Por ese reino que en mí llevo
Ese reino de esplendor que llevo en mí
Como un niño que temerosamente comienza a rebullir*

1965

* * *

Vamos a concluir esta jornada de nuestro viaje por las rutas de la poesía con la lectura de una admirable alabanza. Aquí el poeta vuelve a sumirse en la adoración de su Dios. No hay en él rebeldía, ni duda, ni siquiera imploración. Todo es amor divino cuya expresión delega el místico en las más frágiles criaturas salidas del soplo creador: las aves. El poema se titula *Cántico a las aves acuáticas* y es obra del Hermano Antonino, de la Orden de Predicadores de Santo Domingo. Como se trata de un poeta prácticamente desconocido en Colombia, voy a dar unos breves datos biográficos. Nuestro poeta se llamó en el mundo William Everson y nació en 1912 en la ciudad californiana de Sacramento. En 1948 publicó su primer libro de poesía con el título de *Los años residuales*. Al año siguiente, convertido al catolicismo, inició su vida monástica en la orden dominicana. Indudablemente su iniciación religiosa, embargó la totalidad de su mente y de su espíritu, pues durante diez años no publicó cosa alguna. Hasta que salió de su silencio con un hermosísimo libro de poesía mística cuyo título podría traducirse *Los caminos ocultos de Dios*, al que pertenece este

CANTICO A LAS AVES ACUATICAS

*Chillen vuestros picos, cormoranes y gaviones,
al norte de los roquedales que entierran sus años en la recia reventazón
del Pacífico;
migratorias golondrinas de mar y gallinetas que no dejáis de vuestra
presencia sino las efímeras huellas de las patas escritas en la arena;
colimbos y pelícanos, negretas picoteadoras de los tumbos y gaviotas
costeras;
todos los que guardáis la costa al norte de aquí hasta las playas de
Mendocino;
todos vosotros más allá sobre los acantilados que atajan la tumbazón en
Hecate Head,
revoloteando sobre la corriente sumergida donde el frío Columbia pelea
con la barra;
más al norte aún hasta el Sound, cuyas islas flotan como un puñado de
astilla en el mar:
abrid vuestros ásperos picos incrustados de sal impropios para el canto
y alabad al Señor.*

*Y vosotras garzas de agua dulce en las marismas del Este costean los
ríos bajos, blancas centinelas de los bajíos paradas en una pata;
martín-pescadores cabezudos cazando pepescas desde los sauces en los
meandros de fango de los valles;
vosotras también garzotas azules de elásticos cuellos, solemnes, tomando
majestuosas el aire en el soleado San Joaquín,
descendiendo con las alas rayadas desde las altas luces del poniente,
apareándoos sobre los apiñados sauces o donde rielan los arrozales bajo
el agua,
frailecillos que allá arriba gritáis en la noche, allá lejos en el cielo
enlunado;
alcaravanes, aves del arenal, todas las costeras, las empolladoras,
pobladoras de los acantilados de adobe de Sacramento:
abrid vuestros picos que picotean el agua
y alabad al Señor.*

*Porque vosotras lleváis el corazón de Su rapidez poderosa,
y dais forma a la vida de Sus indeterminados dominios.
Estáis dondequiera en las playas solitarias de Su creación inmensa.
Guardáis reclusión donde ningún hombre entra, alabándolo a El;
y donde ninguna mujer puede alzar su clara voz de contralto como vuestro
raudo vuelo
para glorificar la rociada de dones de Su suave abundancia.
Santificáis las ermitas de las rocas donde ningún sacerdote se arrodilla
para adorar ni ninguna santa monja acolita;
y donde sus fieles comulgantes no pueden entrar.
Y bien podéis cantar sus alabanzas, aves, porque vuestros rumbos
están vivificados por el arte secreto de Sus inclinaciones
y vuestros hábitos plegados y raros por la mansa elaboración de Su
intrincada labor.
Vuestros días concentrados en la directa astucia necesaria para la
realización de su trabajo,
y vuestras noches animadas con el denso reposo de Su infinito suelo.
Vosotras sois Sus secretas Ordenes y servís a Sus fines secretos,
en Sus estaciones nublada y envueltas en bruma, en Sus tinieblas,
oscuras en vuestros entretejidos nidos, emparedadas en Sus ilimitados
ámbitos.
El os introduce por los intersticios de Sus abruptos reinos,
y os convoca en las profundidades de Su mundo sombrío.
Vuestros modales son rudos pero serios, vuestros gestos graves,
vuestras costumbres cuidadosamente ajustadas a la nota de Su semblante
austero.
Tenéis la condición primaria de Su puro crear,
y la rápida sumisión con que servís a Sus más ínfimos fines
expresan la constancia con que lo tenéis asido.
Pues qué es vuestro elevado vuelo volviendo siempre a vuestros primeros
principios,
sino ese testamento de devoción?*

*Tenéis Su mundo extendido bajo las alas, y os remontáis sobre Sus tormentas,
y mantenéis vuestra penetrante mirada con párpados de viento fija en las vastas perspectivas de Sus laberínticas latitudes.*

Pero sobre todo es el modo con que lleváis la existencia enteramente dentro del contexto de Su absoluta voluntad y estáis en paz. Día a día no calculáis, ni escudriñáis el mañana, ni multiplicáis los anocheceres con una preocupación imprudente, sino más bien tomáis a cada instante como una certificación suficiente de Su sello definitivo. Saltáis totalmente en la Providencia, y cuando morís miráis a la muerte con claridad intrépida, bajáis, manojos de plumas harapientas sobre la maleza; o caéis al agua donde brevemente vivistéis, encontrastéis comida, y ahora vosotras hechas comida para Su pez profundo que sigue la corriente, y no se os ve más: no queda sino una pluma de ala girando un poquito en la zambullida donde antes la dorsal cortaba el aire puro.

Dejáis un silencio. Y esto es suficiente para vosotras, que no pertenecéis al ceremonial humano, y por eso no os entristece el haberos privado de él. Vuestro orden pertenece a otro orden de ser, y completamente os compele. Pero ojalá, aves, enteramente arrebatadas en la supremacía de Dios, viviendo austeramente bajo Su mirada austera— ojalá enseñaréis a un hombre una cosa necesaria de saber, que tiene que ver con la estricta conformidad que el ser criatura impone, y constituye el compromiso primordial que todas las cosas comparten. Pues Dios os ha dado la gracia imponderable de ser vosotras Su verificación, por encima de la confusa incertidumbre de nuestras legalísticas escogencias; que vosotras, nuestras inferiores, en la rica hegemonía del Ser, sirváis de testamento de lo que la criatura es, y lo que la creación implica. Chorlitos, garcetas y tijeretas, gaviotas playeras; cazadoras de las olas, centinelas de la costa, dueñas de los promontorios, todas vosotras, vigías con esclavinas, dad gloria a Dios. Lanzad la estricta articulación de vuestras gargantas, y decid Su nombre.